

CAZA DE BRUJAS

VIRGINIA BOECKER

PRIMER CAPÍTULO

 Editorial Hidra

1

ESTOY EN UN EXTREMO de la atestada plaza, observando a los verdugos prender las hogueras. Los dos hombres, vestidos para el trabajo con capas rojo oscuro y chamuscados guantes de cuero, caminan alrededor de las plataformas de madera, las antorchas encendidas por encima de sus cabezas. En lo alto de cada pira, cuatro brujas y tres magos están encadenados a un poste, montones de madera apilados a sus pies. Sus ojos fijos en la muchedumbre, miradas de determinación en las caras.

No sé lo que hicieron; no los capturé yo. Pero sí sé que no saldrá disculpa alguna de sus bocas. Ninguna súplica de último minuto en busca de piedad, ninguna promesa de arrepentimiento al pie del cadalso. Incluso cuando los verdugos acercan las antorchas a la madera y la primera de las llamas salta hacia el cielo plomizo, permanecen callados. Testarudos hasta el mismísimo final. No siempre fue así. Pero cuanto peor se ponen las revueltas Reformistas, más desafiantes se vuelven.

De todas formas no importa lo que hicieron. La magia que usaron. Hechizos, conjuros, pociones, hierbas. Ahora todo ello es ilegal. Hubo un tiempo en que esas cosas se toleraban, incluso se fomentaban. La magia se consideraba útil; antes. Entonces llegó la peste. Provocada por la magia, extendida por la magia; la magia casi nos destruye. Les avisamos de que pararan, pero no pararon. Y ahora aquí estamos, de pie en medio de una plaza sucia bajo un cielo sucio, obligándolos a parar.

A mi derecha, a unos seis metros, está Caleb. Mira fijamente el fuego, los ojos azules entornados, el ceño ligeramente fruncido. Por su expresión podría estar triste, podría estar aburrido, podría estar jugando contra sí mismo una partida de tres en raya. Es difícil de decir. Ni siquiera yo sé lo que está pensando y le conozco mejor que nadie.

Moverá ficha pronto, antes de que comiencen las protestas. Ya puedo oír los murmullos, el arrastrar de pies inquietos, algún grito aislado de los familiares. La gente lleva palos en alto, pedruscos en las manos. No actúan por respeto a los hombres y mujeres que están en la hoguera. Pero una vez que se hayan ido, empezará la violencia. Contra los verdugos, contra los guardias que vigilan en la acera, contra cualquiera que apoye la justicia impartida ante nuestros ojos. La gente le tiene miedo a la magia, sí. Pero las consecuencias de castigar la magia les dan aún más miedo.

Por fin lo veo: un pequeño tirón de un rizo de pelo rubio oscuro, una mano metida lentamente en el bolsillo.

Es la hora.

Estoy a mitad de la plaza cuando estallan los gritos. Siento un empujón por detrás, después otro. Pierdo el equilibrio y me estampo contra la espalda del hombre que tengo delante.

—Eh, ten cuidado. —Se gira y me mira con cara de pocos amigos. Se le borra en cuanto me ve—. Discúlpe-me, señorita. No la he visto, y... —Se calla, me observa con atención—. Por Dios, pero si no eres más que una chiquilla. No deberías estar aquí. Vete a casa. Aquí no hay nada que necesites ver.

Asiento y retrocedo. En una cosa tiene razón: aquí no hay nada que necesite ver. Y tendría que estar en otro sitio.

Sigo a Caleb por una ancha calle adoquinada, luego a través de The Shambles, un laberinto de estrechas callejuelas embarradas, encajonadas entre retorcidas casas de madera oscura pegadas unas a otras, cuyos tejados a dos aguas proyectan una sombra casi permanente sobre la calle. Las recorreremos deprisa: el Callejón de la Vaca, la Travesía del Faisán, la Callejuela del Ganso. Todas las calles de esta zona tienen nombres tan estrafalarios como estos, reminiscencia de la época en que la plaza de Tyburn se utilizaba para reunir al ganado.

Ahora se utiliza para otro tipo de matanza.

Las calles están desiertas, como lo están siempre en día de quema. Los que no están viendo las hogueras arder están en el Palacio de Ravenscourt protestando por ellas, o en cualquiera de las tabernas de Upminster intentando

olvidarlas. Es un riesgo llevar a cabo una detención hoy. Nos arriesgamos al andar entre la muchedumbre, nos arriesgamos a que nos vean. Si estuviéramos deteniendo a una bruja normal y corriente, probablemente no correríamos ese riesgo.

Pero esta no es una detención normal y corriente.

Caleb tira de mí y me mete en un portal vacío.

—¿Preparada?

—Por supuesto. —Sonrío.

Me devuelve la sonrisa.

—Todo listo, entonces.

Meto la mano debajo de la capa y saco mi espada. Caleb hace un gesto de aprobación.

—Los guardias nos están esperando abajo en Faisán y, solo por si acaso, tengo a Marcus apostado en Ganso y a Linus cubriendo Vaca. —Una pausa—. Dios, estas calles tienen nombres estúpidos.

Reprimo una carcajada.

—Lo sé. Pero no voy a necesitar su ayuda. Estaré perfectamente.

—Si tú lo dices. —Caleb mete la mano en el bolsillo y saca una corona. Sujeta la moneda entre el pulgar y el índice y me la pone delante de los ojos—. ¿Lo de siempre, entonces?

No me lo puedo creer.

—Que más quisieras. Tengo que atrapar a cinco, así que me merezco cinco veces la recompensa. Además, estos son nigromantes. Lo que significa que hay al menos

un cadáver, un charco de sangre, un saco de huesos... eso se merece un soberano como mínimo, tacaño.

Caleb se ríe.

—Eres dura negociando, Grey. Vale. Dejémoslo en dos soberanos y unas copas al acabar. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. —Le doy la mano, pero en lugar de apretármela, la besa. Me aletean unas mariposas en el estómago y siento que me empiezan a arder las mejillas. Pero él no parece darse cuenta. Se limita a meterse la moneda otra vez en el bolsillo, luego saca una daga de su cinturón, la lanza al aire y la atrapa con gran habilidad.

—Bien. Pues vamos. Estos nigromantes no se van a detener a sí mismos, ya lo sabes.

Echamos a andar por delante de las casas, nuestras pisadas chapotean suavemente en el barro. Por fin llegamos a la que estamos buscando. Tiene el mismo aspecto que todas las demás: una mole de yeso blanco y sucio con una puerta de madera cubierta de pintura roja desconchada. Pero distinta de todas las demás, dado lo que hay al otro lado. Los magos que suelo capturar aún están vivos, aún son corpóreos. Hoy no es así. Se me hace un nudo en el estómago, como siempre antes de una detención: en parte por emoción, en parte por nervios, en parte por miedo.

—Yo la abro de una patada, pero tú entras primero —me dice Caleb—. Te encargas de todo. Es tu captura. La espada desenvainada y en alto. No la bajes, ni por un instante. Y lee la orden de detención inmediatamente.

—Ya lo sé. —No entiendo por qué me está diciendo esto—. No es mi primera vez, ¿recuerdas?

—Sí. Pero esta vez no será como las otras. *Ellos* no serán como los otros. Entra y sal. No hagas nada raro. Y no más errores, ¿de acuerdo? No puedo seguir cubriéndote.

Pienso en todas las cosas que he hecho mal en el último mes. La bruja a la que perseguí callejón abajo y que casi se me escapa. La chimenea en la que me quedé atascada intentando encontrar un zulo oculto de libros de magia. La casita de campo que asalté y que no albergaba magos preparando pociones sino a un par de ancianos frailes preparando cerveza. Son solo pequeños errores, lo sé. Pero yo no cometo errores.

Al menos no solía hacerlo.

—Vale. —Alzo la espada, la empuñadura resbala entre mis manos sudorosas. Me las seco con la capa a toda prisa. Caleb echa la pierna hacia atrás y estampa el pie contra la puerta. Se abre estrepitosamente e irrumpo en la casa.

Dentro están los cinco nigromantes que estoy buscando, apretujados alrededor de un fuego en el centro de la habitación. Hay un gran caldero colgado por encima de las llamas, un apestoso humo rosa sale ondulante de su parte superior. Cada uno de ellos lleva una larga y deshilachada túnica marrón con enormes capuchas que ocultan sus caras. Están ahí de pie, gimiendo y canturreando y sujetando huesos (huesos de brazos o los huesos de la

pierna de una persona muy pequeña) y agitándolos como un puñado de chamanes malditos. Podría haberme reído si no me dieran tanto asco.

Camino en círculo a su alrededor, apuntándole con la espada.

—Hermes Trismegistus, Ostanes el Persa, Olympiodorous de Tebas...

Me detengo, sintiéndome como una idiota. Estos nigromantes y los estúpidos nombres que se ponen. Siempre están intentando ser más originales que los demás.

—Vosotros cinco —digo para abreviar—. Por la autoridad del rey Malcolm de Anglia, tengo orden de deteneros por el crimen de brujería.

Siguen canturreando, ni siquiera levantan la vista. Echo un fugaz vistazo a Caleb. Está al lado de la puerta, jugando a tirar su daga al aire. Parece que le hacen gracia.

—Por la presente, se os ordena volver con nosotros a la prisión de Fleet para permanecer bajo arresto y esperar vuestro juicio, presidido por el Inquisidor, Lord Blackwell, duque de Norwich. Si se os encuentra culpables, seréis ejecutados en la horca o en la hoguera, según decida el rey, y vuestras tierras y bienes pasarán a manos de la corona. —Me paro a recuperar la respiración—. Que Dios os ayude.

Esta es normalmente la parte en que protestan, cuando dicen que son inocentes, cuando piden pruebas. Siempre dicen eso. Aún no ha llegado el día en que detenga a una bruja o un mago y me diga: «Bueno, sí. He

realizado conjuros ilegales y he leído libros ilegales y comprado hierbas ilegales y ¡gracias a Dios que has venido a detenerme!» En vez de eso, siempre es: «¿Por qué estás aquí?» y «te has equivocado de persona» y «¡debe de haber un error!» Pero nunca es un error. Si aparezco a la puerta de tu casa, es porque has hecho algo para llevarme hasta ella.

Igual que estos nigromantes.

Sigo adelante.

—Martes, 25 de octubre de 1558: Ostones el Persa compra acónito, un conocido veneno, en el mercado negro de Hatch End. Domingo, 13 de noviembre de 1558: Hermes Trismegistus graba el Sello de Salomón, un talismán utilizado para convocar a los espíritus, en la Muralla de Adriano a las afueras de la ciudad. Viernes, 18 de noviembre de 1558: los cinco sujetos son vistos en el Cementerio de Todos los Santos, en Fortune Green, exhumando el cadáver de Pseudo-Democritus, nacido Daniel Smith, otro conocido nigromante.

Aún nada. Simplemente siguen con su canturreo, como una colmena de viejas abejas. Me aclaro la garganta y continúo, más alto esta vez.

—Los sujetos poseen los siguientes textos, todos ellos incluidos en la lista de *Librorum Prohibitorum*, la lista oficial del rey de libros prohibidos: *Magister Sententiarum*, de Albertus Magnus; *El nuevo libro de hechizos comunes*, de Thomas Cranmer; *Manual de un caballero Reformista*, de Desiderius.

Tienen que reaccionar ante esto. No hay cosa que más odien los magos que descubrir que he estado dentro de sus casas, encontrando cosas en sitios donde pensaban que nadie miraría jamás. Pequeños nichos ahuecados bajo los tablones de madera del suelo. Debajo del gallinero. Apretujadas dentro de colchones de paja. No hay nada que un mago pueda esconder y que yo no pueda encontrar.

Se me ocurre que es bastante inútil que les recite sus crímenes, si se tiene en cuenta que los he pillado en medio de uno mucho más grave. No estoy segura de qué hacer. No tengo todo el día para quedarme aquí escuchando a estos viejos ridículos canturrear, y no puedo dejar que terminen su hechizo. Pero tampoco puedo realmente plantarme ahí en medio y deshacerme de ellos con mi espada. Se supone que tenemos que capturarlos, nunca matarlos. Una regla de Blackwell. Y ninguno de nosotros se atrevería a romperla. Aun así, aprieto los dedos en torno a la empuñadura y estoy impaciente por empezar a dar estocadas, hasta que la veo: una forma que empieza a materializarse en la bruma rosácea del caldero.

Asciende por el aire, meciéndose y ondulando en la inexistente brisa. Sea lo que sea esa cosa que están a medio camino de conjurar (supongo que es Pseudo-Democritus, nacido Daniel Smith, a quien les vi exhumar), es espantosa. Algo entre un cadáver y un fantasma, translúcido pero pudriéndose, piel musgosa, extremidades descoyuntadas y órganos a la vista. Emite un extraño sonido zumbón y me doy cuenta de que está cubierto de moscas.

—Elizabeth.

La voz de Caleb me pilla por sorpresa. Ahora está a mi lado, blandiendo la daga ante sí, con la mirada fija en esa cosa que tenemos delante de nosotros.

—¿Qué opinas? —susurro—. ¿Es un fantasma?

Caleb sacude la cabeza.

—No lo creo. Es demasiado...

—¿Jugoso?

Caleb hace una mueca.

—Puaj. Sabes que preferiría que dijeras viscoso. Pero, sí. Y no harían falta cinco hombres para convocar a un fantasma, así que mi apuesta es: ¿un gul? O sea, un espíritu necrófago. Quizás un retornado, alguien que ha regresado de la muerte. Es difícil de decir. Todavía no está del todo formado como para que pueda distinguirlo.

Asiento.

—Tenemos que detenerlos antes de que acaben —continúa Caleb—. Tú encárgate de los dos de la izquierda, yo me encargo de los tres de la derecha.

—De ninguna manera. —Me vuelvo para mirarle—. Esta es mi detención. Yo me encargo de los cinco. Ese era el trato. Tú te puedes quedar con la cosa viscosa del caldero.

—No. No te puedes enfrentar a cinco tú sola.

—Te apuesto tres soberanos más a que puedo.

—Elizabeth...

—No me andes diciendo *Elizabeth*...

—¡Elizabeth!

Caleb me agarra por los hombros y me da la vuelta. Los nigromantes han dejado de canturrear y la habitación se ha sumido en un profundo silencio. Nos están mirando fijamente. En lugar de huesos, llevan largos cuchillos curvos entre las manos, todos apuntando hacia nosotros.

Me sacudo a Caleb de encima y doy un paso hacia ellos, con la espada en alto.

—¿Qué estás haciendo aquí, chica? —me pregunta uno de los hombres.

—Estoy aquí para deteneros.

—¿De qué se nos acusa?

Bufo irritada. Si cree que voy a volver a recitar la letanía de esta detención otra vez, va listo.

—Esa cosa. —Hago un gesto con la espada hacia la espasmódica aparición—. Se os acusa de eso.

—¿*Cosa*? —dice uno, con aire de indignación—. Eso no es una *cosa*. Es un gul.

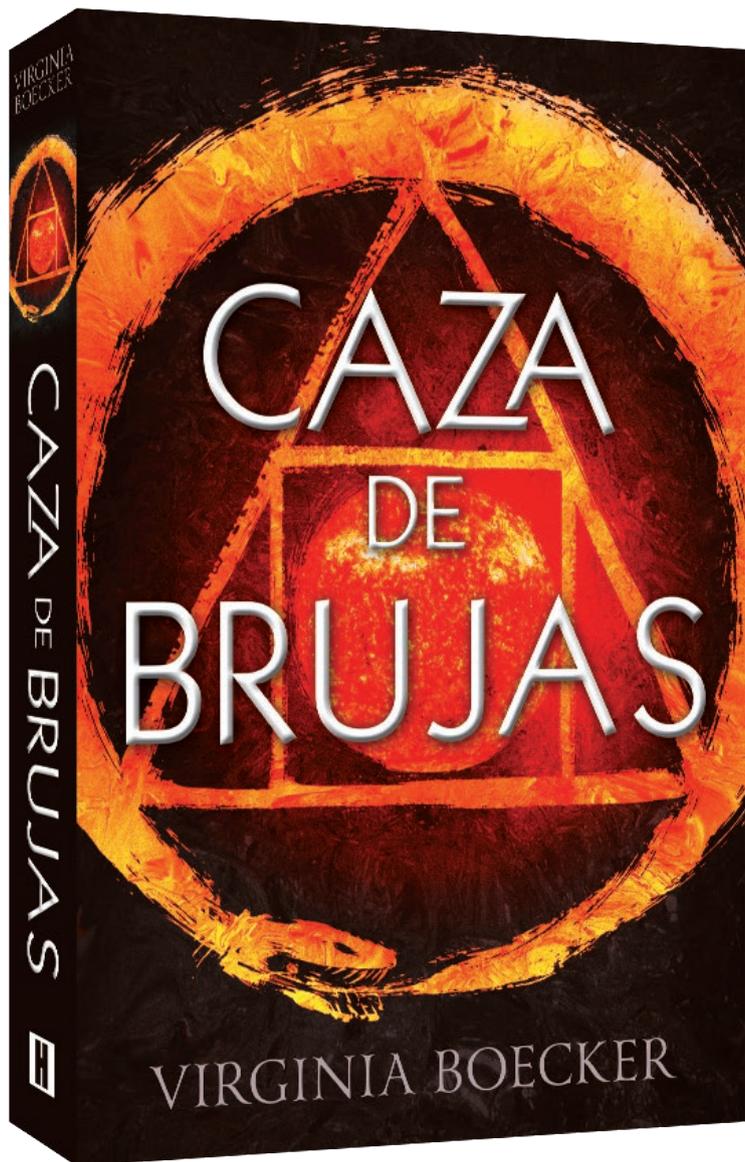
—Te lo dije —susurra Caleb a mi espalda. Le ignoro.

—Y es la última *cosa* que verás jamás —añade el nigromante.

—Que te lo has creído —contesto, mientras echo mano de mis esposas. Bajo la vista solo un segundo, para desengancharlas del cinturón. Pero es suficiente. Uno de los nigromantes lanza su cuchillo por los aires.

—¡Cuidado! —grita Caleb.

Pero es demasiado tarde. El cuchillo aterriza con un ruido enfermizo en mi pecho, justo por encima del corazón.



Acusada de brujería.
Rescatada por su enemigo.

A la venta a partir del 13 de octubre de 2015
Disponible en español para España y América